

# Carlos Clavijo

## y su obsesión de la muerte

Por: JORGE MORENO CLAVIJO

No sé si en todos los casos resulta exacta la afirmación, tan repetida que ha llegado a convertirse en lugar común, de que el signado con la vocación poética es un vidente; pero en el de Carlos Clavijo Rubio, el lírico joven que acaba de morir, se cumple a cabalidad. Quien lea su obra podrá verificar en la arquitectura de los poemas, la constante, sostenida, obsesión de la muerte. Uno de sus más conocidos resume en alada y vibrante agilidad musical, el pensamiento que se refunde, expreso o tácito, en cuanto escribió con destino a revistas y suplementos, porque no alcanzó a ver impreso un libro suyo:

*"¡Yo he visto a la muerte girando!  
Sí, la he visto,  
con su piel de ceniza  
y sus ojos extáticos,  
girando".*

Fue la suya una sensibilidad de excepción, acoplada a un temperamento jovial enfocado a todos los caminos de la cultura. Sin embar-

go, su producción no fue extensa, pero sí cuidadosamente cincelada. Modesto, con modestia desesperante, no quiso alzar la voz que hubiera podido lograrle sitios de privilegio alcanzados por otros de menor categoría mental pero superlativa audacia. Defecto grande el de ocultar los propios merecimientos en un país como el nuestro, porque el empuje de los no vacilantes apabulla y deja, apenas para el elogio póstumo, la enumeración cualitativa.

Su infancia fue rural. El campo abrió la maravilla del mundo a los ojos del poeta, que asombrado descubrió la nube, el árbol, la gama de los verdes y la música en el canto de los pájaros. Elementos que al tornarse puntales de su lenguaje, conformaron también la sencillez del corazón, grande para la amistad y el sacrificio, estrecho para la envidia y el rencor. Quizá por eso, al conocer el pulso de la ciudad, y entrar en contacto con el mundo de las letras y alternar en los círculos literarios, se hizo bohemio, con la deliciosa bohemia tipo finisecular que encontró su extensión ago-

nizante en las tiendas que todavía se resisten a morir, empotradas en casas coloniales que demoran en nuestros barrios viejos. Con el grupo de escritores y periodistas que se acercan al medio siglo, declamó sus versos y aplaudió los de sus amigos, en coloquios llamados a desaparecer definitivamente bajo el empuje de una época que nada quiere saber de romanticismos.

El camino del poeta es especial e inexplicable, como el del pintor, el músico, el escultor, porque son creadores que obedecen a la fuerza viva de la sangre. Tratar de dar luces sobre las búsquedas que ellos inician y sobre las cuales trasegan incansablemente, no sobrepasa el ademán retórico, ya que jamás habrá un exacto acercamiento, una convincente aproximación a la savia con que el artista rejuvenece los andamiajes expresivos, o rubrica, prestándoles categoría estética, los ademanes humildes. La armonía interior de cada uno alcanza la plenitud cuando transmiten en el poema, el cuadro, la partitura o el bronce, la respuesta única, de insospechada claridad, a cuanto aparece en el concepto general, revestido de insondable misterio. Es el poder del espíritu para descubrir y enseñar la belleza, como fuerza incontrastable, en cuanto nos rodea, e incorporarla a lo prosaico de la existencia.

Clavijo creía en Dios, en los milagros, en la bondad de las criaturas, en lo eterno. Alto, de nariz prominente, ojos grandes y escrutadores, mentón afilado, se le colocaban mentalmente la capa, el chambergo y la corbata de lazo, para encuadrarlo en la tertulia de comienzos de siglo. Pero era un modernista que sabía manejar los

instrumentos verbales para traducir con diáfano sentido de contemporaneidad, comunicándoles trascendencia, a la elementalidad de los temas inspirados en el paisaje que cobijó su infancia y los seres que lo habitan. Amaba el diálogo y las puertas de su casa, como las de su corazón, no se cerraron jamás a quien tuviera algo inteligente que decir o alguna página para leer.

Con la pasión de lo nuevo, de lo justo, avizoraba posibilidades para todo y comunicaba su optimismo en la sonrisa casi infantil con que cubría un temperamento delicado, tanto que no pudo resistir el golpe seco, brutal, la comprobación súbita de que cuanto él creyó no era sino un mito, mentira la sinfonía de virtudes que colocó en cuanto pudo conocer durante sus cuatro décadas vitales:

*“Solo, como un árbol a la orilla del  
río,  
lleno de resonancias, de pájaros y  
viento,  
veo pasar la vida...”*

Decía, como descripción afortunada del contraste que implica su vida, hasta cierto punto dramáticamente quieta, como insaciable en lo espiritual.

Ultimamente estaba dedicado a los ajetreos académicos, en calidad de secretario de la institución fundada por un grupo de escritores, pintores y poetas con miras a establecer provechosos intercambios con el exterior para difundir efectivamente los valores colombianos.

Le gustaba especialmente el soneto, en el cual había adquirido una singular maestría. Muchos es-

cribió durante los últimos años para el volumen que iba a publicar. Tenía por cortina de fondo el problema de las relaciones del hombre con la muerte, con los sacramentos, con Dios, sacando en limpio la imperfección humana y cuanto nos falta en el camino purificador del barro que entorpece nuestro paso.

Conmovió, por el contorno un tanto folletinesco que tuvo, la consonancia de sus instantes postreros con el terceto último de uno de sus sonetos preferidos:

*“Dolor por tanta angustia detenida  
y por saber que viajo de la vida  
a las playas en sombra de la  
muerte”.*